

**PREGÓN DE SEMANA SANTA
VALLADOLID 2019**

Señor Don José Ignacio Foces Gil
Subdirector de El Norte de Castilla

Santa Iglesia Catedral, 5 de abril

Montaje y decoración: Leopoldo Adiego Sanz
Edita: Excmo. Ayuntamiento de Valladolid y Junta de Cofradías de Semana Santa
Fotografías: Chema Concellón
Compone e imprime: Imprenta Municipal
Depósito Legal: VA-95/2016

*A Chari
Por ser. Por estar*

A las procesiones de la Semana Santa de Valladolid se entra al anochecer del Viernes de Dolores, entre un Vía Crucis en Santa Ana, de la mano de la Cofradía del Santo Entierro, y otro en Las Delicias, alumbrado por la Cofradía de la Exaltación de la Santa Cruz y Nuestra Señora de los Dolores, heredera de la Hermandad Ferroviaria de la Sagrada Familia, que este año cumple su 75 aniversario; y se sale un jubiloso mediodía del Domingo de Pascua con el encuentro del Resucitado con su Madre, que las cofradías de Nuestro Padre Jesús Resucitado y del Santo Sepulcro y Santísimo Cristo del Consuelo inundan de luz, fiesta y alegría.

Entre una y otra jornada, una treintena larga de procesiones llenan las calles de la capital con un inigualable ir y venir de pasos, cofrades, hermanas de devoción y familias enteras que acuden a la llamada de la procesión. Acogen a niños y niñas, muchos aún en brazos de sus padres y con el chupete a cuestas, a los que se les pone delante de los pasos y de los capuchones aun sin saber esos pequeños siquiera qué hacen allí, y ni qué cofradía es la que tienen delante; menos aún el porqué de ese desfile o qué drama muestran las tallas que pasan ante ellos.

Las calles vallisoletanas son testigos también del trasiego de jóvenes que diligentemente se encargan de que la tradición no solo se mantenga, sino que cobre cada año más fuerza, más esplendor y más relevancia.

Y también por las calles transitan mayores que, precisamente por serlo, no hacen sino cumplir con una forma de vida que voluntariamente adquirieron de muy pequeños o en sus años mozos y año tras año les ha llevado a su particular liturgia con el Cristo o la Virgen a la que decidieron un día profesar culto.

Ese trasiego de gente entre el Viernes de Dolores y el Domingo de Pascua es Valladolid en Semana Santa. Aquí, naces y, cuando te quieres dar cuenta, tu padre, o tu madre, o un abuelo, o un hermano... te ha colocado delante de los capuchones a contemplar una procesión de Semana Santa.

Aquí, en Valladolid, llegas y siempre hay alguien que te acaba llevando en Semana Santa hacia una cofradía, hacia un paso, hacia un culto, hacia una procesión.

Aquí, en Valladolid, creces y, cuando te quieres dar cuenta, ya estás en la fila de un desfile procesional alumbrando un paso, en muchos casos el mismo al que tus progenitores un día decidieron hacer el centro de sus devociones; y no preguntas por qué estás en esa fila: has aprendido que eso es Valladolid en Semana Santa y que tú, como vallisoletano, de nacimiento o de adopción, tienes que ejercer como tal en Semana Santa.

Aquí, en Valladolid, maduras y envejeces y, cuando te quieres dar cuenta, en esa fila procesional, de la que llevas formando parte decenas de años, empiezas a ver pasar por tu memoria infinidad de imágenes de todas las Semanas Santas que llevas vividas; y es cuando adquieres verdadera dimensión de que te has hecho mayor, de que la memoria se te empieza a poblar de habitantes y de que ya es más lo que has vivido que lo que te queda por vivir.

La Semana Santa es el mejor reloj vital que podemos tener los vallisoletanos. Un reloj al que no hay que darle cuerda, ni cambiarle la pila: siempre está en funcionamiento porque se alimenta de sonidos y de lugares, tantos sonidos y tantos lugares como habitantes de la ciudad pueblan las cofradías, y tantos sonidos y tantos lugares como personas acuden a la llamada de las procesiones.

Sí, eso es Valladolid en Semana Santa.

Una sucesión de sonidos hermosa, sin igual, y un sumatorio de lugares que, puestos uno tras otro, aquí, en Valladolid, hacen que la Semana Santa trascienda de lo material a lo espiritual sin esfuerzo alguno, sin necesidad de aditamentos, gracias a los sonidos, gracias a los lugares, más allá de las tallas y de los encuadres desde donde sean vistas. Pienses como pienses,

creas o no creas, son sentimientos de lo que está pasando a tu lado y que tú contemplas.

De las Delicias y Santa Ana, el Viernes de Dolores, a la Plaza Mayor, el Domingo de Pascua, pasando por infinidad de calles y plazas que conforman el cogollo urbano en el que, durante nueve días, veinte cofradías, que se dice pronto, veinte, ofrecen culto a sus Cristos y a sus Dolorosas, que a fin de cuenta son los Cristos y las Dolorosas de todo Valladolid.

A las procesiones de Valladolid se entra por las Delicias y Santa Ana. Pero, ¿y a la Semana Santa de Valladolid por dónde se entra?

Hay unanimidad en esta ciudad respecto a que a las celebraciones previas a la Semana Santa se accede por la puerta del besapié a Nuestro Padre Jesús Nazareno, con el que el espíritu de Pasión empieza a bullir en estas tierras nuestras. Pero la Semana Santa, entendida en toda su grandeza, extensión y complejidad, no empieza el primer viernes de marzo y termina en Pascua florida. Si así fuera, ¡pobres cofrades!, ¡pobre Semana Santa! y ¡pobre Valladolid! Aquí Semana Santa es todo el año, como demuestra, de puertas adentro, la labor de sus cofradías. De ahí mi pregunta: ¿por dónde se entra a la Semana Santa de Valladolid?

Es aquí donde se produce el primer sumatorio de lugares en el que confluyen todos los vallisoletanos. Unos entran a la Semana Santa por la puerta de la tradición familiar. He oído a decenas y decenas de cofrades contar por qué ellos están en tal o cual cofradía; les he escuchado detallar con auténtica emoción que la medalla que portan era la que llevó su abuelo durante décadas y que aspiran a que el día de mañana sea su hijo quien la lleve colgada al cuello como cuarta generación familiar en esa cofradía; he atendido a decenas de relatos sobre cómo esta o aquella procesión se convierten en punto de encuentro anual de familias desperdigadas por media España durante todo el año, pero que hallan en su Cristo o en su Virgen el motivo perfecto para juntarse en su Valladolid del alma.

Sí, la tradición familiar es Valladolid en Semana Santa.

Pero también lo es el colegio, otra de las puertas de entrada a la Semana Santa. Si el del pupitre de al lado es de una cofradía y te muestra su

entusiasmo porque alumbrará a ese Cristo o a aquella Virgen, ¿por qué tú no? Y que se preparen tus padres, que la matraca (nunca mejor dicho, por ser este un instrumento semanasantero por excelencia) que les vas a dar hasta ingresar en una cofradía, posiblemente la misma que la del pupitre de al lado, va a poner a prueba la paciencia de tus progenitores.

Eso es Valladolid en Semana Santa: cuando menos lo esperas, te ves en el colegio compartiendo curso con otros niños que son cofrades.

Y si no te ha sucedido de niño, de adolescente, cuando en Valladolid llegas al instituto o tienes tu primera panda de amigos, se te abre otra puerta de entrada a la Semana Santa, puesto que alguien va a hablarte en algún momento de su cofradía. Incluso te llevará a ver su paso, su iglesia y su hábito. Ahí serás tú quien decidirá qué hacer: entrar en una o formar parte de quienes acuden a la llamada de la procesión y la viven desde las aceras.

Eso es Valladolid en Semana Santa: un lugar donde los adolescentes tienen el privilegio de tomar una primera decisión importante en su vida adquiriendo la condición de cofrade.

Ninguna de estas tres vías generales de acceso fue la que tuvo quien les habla para entrar en la Semana Santa de Valladolid. Mi fascinación por la Semana Santa de Valladolid se produjo en el pueblo en el que me nacieron, Villavicencio de los Caballeros, el más bonito con diferencia de la provincia (aseveración esta que permitan que les diga que no tiene discusión: a fin de cuentas, para cada uno el pueblo más bonito es el propio). Contaba con apenas cinco años, cuando en la década de los 60 proyectaron un sábado en Televisión Española, la única que había entonces, la película 'Una muchachita de Valladolid'. Ahí fue cuando ví la primera procesión de Semana Santa de esta ciudad. En aquella película de Alberto Closas y Analía Gadé descubrí al Cristo de las Mercedes y los ladrones, al pregonero de las Siete Palabras, la Plaza Mayor llena de cofrades en la mañana del Viernes Santo... Fue impactante.

Poco después, cayó en mis manos un ejemplar de El Norte de Castilla que se guardaba primorosamente en casa de mi abuelo, en cuya portada del domingo 14 de abril de 1963 se leía un gran titular: "Toda España pudo presenciar la Semana Santa vallisoletana". Por cierto, una Semana Santa aquella de hace

56 años, en la que el Cristo de la Luz salió el Sábado Santo por la tarde en la procesión de 'Los Docentes' y el Domingo de Pascua concluyó con un besapié a la patrona de la ciudad, Nuestra Señora de San Lorenzo.

No mucho más tarde, me enseñaron en casa el álbum fotográfico de la boda de mis padres y supe de la existencia de la Virgen de las Angustias, puesto que la ceremonia de enlace se había celebrado en su capilla. Y si imponente me había parecido en la tele el Cristo de las Mercedes, impresionante me pareció la Virgen de las Angustias.

Fueron pasando los años y, un buen día, a este que les habla, el hijo pequeño de la tendera de Villavicencio, le pusieron en el colegio de Cristo Rey, con los Jesuitas, y de pronto me vi una noche acompañando a mi abuela en una procesión, entre dos filas de cofrades, con centenares y centenares de personas, lo que se conoce como pueblo fiel (deduje), siguiendo al paso del Atado a la Columna. Esa fue la primera inmersión en persona que tuve en la Semana Santa de Valladolid. Allí, entre decenas y decenas de Luises, me acuerdo, como si fuera ahora mismo, de que el primer sonido que escuché de la Semana Santa vallisoletana fue el silencio. Sí, eso es Valladolid en Semana Santa: un lugar en el que, pese al enorme estruendo del día a día, se escucha el silencio.

Sonidos, lugares. La sucesión de unos y otros en Semana Santa conforman en buena medida la identidad de las mujeres y los hombres de Valladolid. Sí, la identidad vallisoletana se forja a base de ensamblar piezas, muchas de las cuales llevan el pegamento de la Semana Santa. Y son los cofrades, de cualquier hermandad o edad, de cualquier condición social o profesión quienes acaban dando lecciones que el vallisoletano aprende a base de contemplar en las calles sus imponentes pasos, las interminables filas de cofrades, los sonos de sus bandas, el sobrecogedor silencio, que como en esta ciudad en determinados momentos no se escucha en ningún sitio, que como en la Semana Santa de aquí es imposible encontrar en otro lugar del mundo. Sonidos, lugares.

Eso es Valladolid en Semana Santa.

Quien les habla, antes de hacerse cofrade estuvo deambulando por iglesias y cofradías. Este verbo, deambular, es el que creo que mejor define aquella

situación que duró los últimos años de la niñez y toda la adolescencia. Por vinculación familiar, la primera cofradía que conocí en profundidad fue la de La Piedad. Por entonces, la Quinta Angustia era venerada en el presbiterio de San Martín y como párroco estaba al frente don Siro Criado, un cura de los de toda la vida, con su sotana y su jersey de punto gordo por encima, negro como la inconfundible prenda de los presbíteros. “Mira, querido —le escuché explicar en más de una ocasión (el bueno de don Siro a todo el mundo llamaba querido)—, “esta imagen contiene todo el mensaje de la Semana Santa: la Virgen y el Cristo. En otras cofradías verás que o Cristo o Virgen; aquí, los dos”. Yo escuchaba aquella tremenda voz nasal de don Siro y pensaba que si lo decía él, pues sería verdad. Y empecé a ver a los cofrades de La Piedad y a vincular mentalmente a esta cofradía como la de la Policía Nacional. Allí estaban los agentes en el Quinario, ora con uniforme gris, ora con uniforme marrón, ora con uniforme azul, dependiendo de la época y del gobierno de turno. Siempre me ha llamado la atención cómo cumplimenta la Policía Nacional a la Quinta Angustia. En el quinario, con sus principales mandos; en la procesión del Miércoles, la de La Piedad, con escuadrón a caballo, escuadra y alumnos de su Escuela. Es uno de los muchos ejemplos de la vinculación de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado con las cofradías de Valladolid, o la de las cofradías con ellos. También eso es Valladolid en Semana Santa.

Una vinculación que lleva a que muchos pasos salgan a las procesiones escoltados por agentes, sean estos del Cuerpo Nacional de Policía, de la Guardia Civil (con el Nazareno, con La Pasión o con el Santo Sepulcro) o de la Policía Municipal (con el Jesús de la Esperanza, la Sagrada Cena y la Preciosísima Sangre). Y que también acudan de otros cuerpos vinculados a la protección ciudadana, como los bomberos, con la Exaltación de la Santa Cruz y Nuestra Señora de los Dolores; o del propio Ejército, como sucede con las Siete Palabras y su vinculación a la Academia de Caballería y al Ejército del Aire; o con el Cristo de los Artilleros y su unión intrínseca a dicho arma del Ejército; o el Santo Entierro, con los cadetes de Caballería escoltando al Cristo yacente de Gregorio Fernández.

En los llamados ‘años de plomo’, cuando España era un sobresalto continuo por los atentados terroristas, siempre contemplé con especial admiración el

valor y la valentía de quienes desde las Policías, la Guardia Civil o el Ejército desfilaban ofreciendo escolta a los pasos. No nos cansábamos de escuchar que se les insistía, precisamente, en que no anduvieran por la calle uniformados, y veíamos que en la Semana Santa de Valladolid salían con sus mejores galas y se exponían durante horas en las procesiones a ser fotografiados y grabados, con lo cual podían convertirse en blanco perfecto de quienes no conocían otro lenguaje que el de las pistolas. Llegué a la conclusión de que, por fuerza, el Cristo o la Virgen al que escoltaban les tendía un manto permanente de protección en sus vidas por, precisamente, ofrecer esos agentes el gesto de desfilarse a cara descubierta en la procesión.

De la Quinta Angustia, un servidor pasó a conocer la Vera Cruz. Ese deambular adolescente por las Cofradías de Semana Santa me llevó a saber de la existencia del cofre que Valladolid tiene en uno de los extremos de la calle Platerías. Pensar que un día esa Iglesia estuvo en los papeles para ser demolida pone aún los pelos de punta. Daba gusto escuchar a don Mariano Cañas, el inolvidable y ejemplar Jefe de Protocolo y Ceremonial del Ayuntamiento, definir como “un milagro” que esta iglesia esté en pie. Detallaba don Mariano que el 24 de marzo de 1905 el Consistorio decidió comprarla para derribarla y hacer posible el gran proyecto del alcalde Miguel Íscar de que Valladolid tuviera su gran vía desde la Estación del Norte a San Pablo, sumando Gamazo, Duque de la Victoria y Platerías. Seis años después de aquel acuerdo se seguía debatiendo en el Consistorio la compra de la Iglesia de la Vera Cruz para tal fin urbanístico, hasta que un buen día, como decía don Mariano Cañas, se empezó a obrar el milagro de que dejara de hablarse del asunto, y ese silencio oficial ha derivado en que un siglo largo después Valladolid ofrece a sus vecinos y a todos los que nos visitan el templo que guarda el tesoro de ser por sí mismo el gran museo del inconmensurable Gregorio Fernández. ¡Qué habría hecho Valladolid sin su Iglesia de la Vera Cruz! ¡Qué habría sido de su Semana Santa!, o, mejor dicho, ¡Cómo habría sido su Semana Santa! Vayan ustedes a saber.

En la memoria de habitantes que tiene todo cofrade de Valladolid que camina ya a la madurez, la Iglesia de la Vera Cruz es uno de los puntos vitales, al que infinidad de vallisoletanos acuden el Sábado Santo por la

tarde a llenar de flores y oraciones a la Virgen, después de escuchar el Ofrecimiento de los Dolores, en la que es una cita ineludible esos días de la mano de esos cofrades de la Vera Cruz, que este año muestran con orgullo la impresionante obra que les ha permitido asegurar, con cargo a la cofradía, la techumbre del templo.

Tengo para mí que la Semana Santa de la capital del Pisuerga es escuela de muchas cosas. Y que el magisterio que se imparte desde las cofradías, y que alcanza posiblemente en los desfiles procesionales su cénit didáctico, se transmite a diario en sus Iglesias, penitenciales o no. No hay lugar más silencioso para la meditación que un templo penitencial de Valladolid. Hagan ustedes la prueba. Entren en la Iglesia de las Angustias, en la del Nazareno, en la de La Pasión, en la Plaza de la Trinidad, en la Vera Cruz, que abren muchas horas al día. O en cualquiera en la que se veneren imágenes de los pasos de Semana Santa, en los horarios de culto. El mejor lugar, el mejor, para que un vallisoletano reflexione es una Iglesia Penitencial. Lo comprobé de adolescente en la Vera Cruz; lo confirmé de joven en las Angustias; me he hartado de mayor a constatarlo en la Iglesia de Jesús. Lo saben a ciencia cierta quienes en las tradicionales caminatas de los lunes a San Nicolás hacen parada en La Iglesia de la Pasión (qué gran acierto el de esta cofradía abrir los lunes coincidiendo con el incontable tránsito de vecinos de la ciudad que acuden a la Iglesia de San Nicolás). Sí, la Semana Santa de Valladolid es en sus templos, durante todo el año, escuela de recogimiento, escuela de meditación; y sus cofradías, las artífices de que se den las condiciones para que esa introspección que como seres humanos necesitamos hacer en algún momento pueda efectuarse de la mejor forma posible.

Es por esto que considero que el magisterio cofrade en Valladolid va más allá del escenario procesional. De hecho, la procesión no es sino el culmen de un año de tarea infatigable en el seno de las hermandades. Y aunque la Semana Santa vallisoletana es posible, y sobre todo, gracias a las cofradías, no sucede lo mismo con las procesiones. Estas necesitan de los cofrades, claro; de que éstos preparen el paso para procesionar, evidentemente, y de que conformen una planta de procesión acorde al motivo de la misma. Pero para que una

procesión no sea un desfile de cofrades necesita que haya gente en las aceras a su paso, precisa de que lo que se conoce como pueblo fiel acuda a la llamada de la procesión. A fin de cuentas, sin gente en las aceras la procesión se quedaría en simple desfile.

Y es en la conjunción del recogimiento del que desfila con el que muestran quienes están en las aceras, a cara descubierta, donde se alcanza a comprender en su dimensión más completa qué es Valladolid en Semana Santa. Porque es en las aceras, al paso de las filas de cofrades alumbrando a su Cristo o a su Dolorosa, que son los Cristos y las Dolorosas de todo Valladolid, donde cada año sale al exterior lo más íntimo de los vallisoletanos, donde se puede verdaderamente comprobar qué es la identidad vallisoletana, que en Semana Santa, en las aceras al paso de las procesiones, logra su dimensión más espiritual y humana a la vez.

Y donde lo que se conoce como pueblo fiel imparte una maravillosa lección de saber ser. Sí, eso es Valladolid en Semana Santa. Debajo del capuchón, todos los cofrades, todos, hemos visto a hombres y mujeres, mayores y pequeños, de cualquier estrato social y de cualquier condición, mirar de forma indescriptible a los Cristos y a las Dolorosas de las cofradías, que son los Cristos y las Dolorosas de todo Valladolid. Digo indescriptible, y seguro que coinciden conmigo todos los que se han colocado el capuchón alguna vez en su vida, porque cada mirada de cada persona hacia los Cristos y las Vírgenes posiblemente sea el mundo más inescrutable que pueda existir. A lo largo de los años, he visto en las aceras miradas que imploran, miradas que piden, miradas que agradecen, miradas que asienten, miradas que expresan amor y satisfacción, pero nunca, nunca, he visto miradas tristes dirigidas a un Cristo o a una Virgen; ni miradas de resignación al paso de los pasos; ni miradas de abatimiento; ni miradas de pesar; ni miradas de pena o de dolor. No, a la llamada de la procesión nadie acude con aflicción. Solo se puede acudir con esperanza. Y de eso están llenas en Valladolid las aceras al paso de las procesiones: esperanza. La esperanza que motivan los Cristos y las Vírgenes de las cofradías, que son los Cristos y las Vírgenes de todo Valladolid, al aceptar el mensaje que cada persona les lanza desde las aceras. Sí, en las filas, debajo del capuchón, y en las aceras, a cara descubierta, se

aprende la auténtica lección de saber ser frente a los obstáculos que nos pone la vida cada día; y hay días que la vida, tozuda ella, los pone varias veces.

Superada la etapa juvenil, que mi abuela materna llamaba de ‘mozo de resplandor’, un buen día alguien me enseñó la medalla, el hábito y la imagen de Jesús Nazareno. Y quedé prendado por sus ojos. Puede que fuera casualidad, o que estuviera predestinado a que así fuera, pero sin antecedentes familiares, sin compañero de pupitre cofrade en la escuela, ya alcanzada la juventud, alguien, que ocupa un lugar de honor entre los habitantes que van poblando ya mi memoria, me llevó a la Iglesia de Jesús y, por estar fuera de hora de culto, entré a la misma por la sacristía. Es la zona hacia la que mira el Nazareno, y en ese cruce de miradas decidí que tenía que ingresar en esa cofradía. Ni más vallisoletana que las demás, ni menos; ni más semanasantera que las demás, ni menos. Ni más espiritual, ni más ceremoniosa, ni menos que las demás. Llegó el momento de tomar la decisión y allí estaba, a los pies del Nazareno. Como otros y otras han estado en el momento de entrar en una cofradía a los pies del Jesús de la Esperanza, del Cristo de la Oración del Huerto, de las Lágrimas de San Pedro, del Señor Atado a la Columna, del Cristo de los Artilleros, del Jesús de Medinaceli (que hoy nos preside), del Cristo Despojado, del Cristo del Perdón, del Cristo de la Buena Muerte, del Cristo de las Mercedes, del Cristo de la Luz, del Cristo de la Preciosísima Sangre, del Cristo del Descendimiento, de Nuestra Señora de la Vera Cruz, de la Quinta Angustia, de la Cruz Desnuda, del Cristo Yacente de Santa Ana, del Cristo del Consuelo, de Nuestra Señora de las Angustias, de Jesús Resucitado o de la Virgen de la Alegría.

Tardé en tener el hábito; y no porque temiese dar un estirón, que a ciertas edades uno tiene que asumir ya sus limitaciones físicas, sino porque el terciopelo es una tela no precisamente asequible al común de los bolsillos y lo tenía que pagar la tendera de Villavicencio. Hoy exhibo para mí vestir un hábito, que es como una segunda piel, confeccionado en casa, entre otras por la madre de mi hija, la mujer que un buen día decidió compartir su vida conmigo. Cuando me coloqué el capuchón no dejé de sentir un punto impresionante de emoción al ver las iniciales de ‘Jesús, Hombre, Salvador’ bordadas por la mujer que me dio la vida, mi madre. Y cuando estamos en la

Iglesia antes de procesionar, me vuelvo con el lógico orgullo de padre a ver de lejos a mi hija, que un día decidió seguir mis pasos en esta cofradía. Y cuando me coloco los guantes y miro las bocamangas, aún veo a mi abuela materna dale que te pego con los bolillos, componiendo con el hilo una obra artística.

Eso es Valladolid en Semana Santa.

Todo esto que les acabo de detallar en primera persona les pasa cada año a miles y miles de cofrades vallisoletanos. Emociones, sensaciones, impresiones que se suceden por igual en todas las cofradías. Y es que nada iguala tanto a los vallisoletanos como la Semana Santa. Debajo del capuchón o con la cara descubierta, en las filas de la procesión no hay clases sociales, ni sexos, ni títulos universitarios, ni cargos institucionales, ni profesiones, ni declaración de la Renta, esa moderna vara de medir socialmente y de encasillar al personal: en las filas de la procesión solo hay cofrades. Y en una cofradía de Valladolid pesa lo mismo quien tiene una notable posición social que quien no; en una cofradía de Valladolid pesa lo mismo el que ha estudiado en el Instituto Zorrilla que quien lo ha hecho en Villalón de Campos; en una cofradía de Valladolid pesa lo mismo quien paga a Hacienda por el IRPF en mayo que quien le sale a devolver la declaración; en una cofradía de Valladolid pesa igual la mujer que el hombre; en una cofradía de Valladolid pesa lo mismo el joven que el adulto; en una cofradía de Valladolid pesa igual quien tiene a su cargo doscientos trabajadores que quien está lamentablemente desempleado. Y si eso lo trasladamos fuera de los templos a las procesiones, sucede lo mismo entre quienes participan en ella bajo el capuchón que quienes acuden a la llamada de la procesión en las aceras. Sí, en Valladolid nada iguala tanto a sus vecinos y vecinas como la Semana Santa. Somos afortunados en esta ciudad por ello. Porque eso es Valladolid en Semana Santa.

La lección del esfuerzo también se imparte desde las cofradías. Una muy importante en esta materia la he aprendido en la Iglesia de San Pedro Apóstol, de unos cofrades de la Sagrada Cena en la siempre fría noche del Miércoles Santo, durante la procesión de La Piedad. Por allí pasa la Quinta Angustia en su procesión nocturna, y allí se produce, a mi modo de entender

y al del de miles de personas, a tenor de la gran cantidad de gente que nos juntamos, uno de los momentos mágicos de la Semana Santa de la capital del Pisuerga. Llegada la impresionante carroza de La Piedad, los cofrades la giran hacia el templo y empieza a sonar la Salve. Durante muchos años fue interpretada a la corneta. Unas noches la escuché salir de los pulmones de un solo cofrade; otras, de los de dos. Impresionantes sonidos; si existe la música celestial, la de esos cofrades de la Cena lo es. Esa interpretación se puede volver a escuchar al día siguiente, en la Procesión de la Sagrada Cena, cuando los pasos llegan a las Angustias y sale la Virgen a su encuentro. Hay testimonio gráfico de un cofrade que forma parte de ambas hermandades interpretando ¡de rodillas! la Salve a la corneta. ¿Cabe más lección de esfuerzo que esa? Ahora la interpretación en ambos momentos adquiere tonos más polifónicos, más armónicos, al haber sido incorporados otros instrumentos, pero escuchar la Salve a la corneta a mí, y estoy seguro que a muchos más de los que la hemos contemplado, nos ha servido para saber que si quieres conseguir algo en la vida has de trabajar duro y que, aunque solo sea por la satisfacción personal de conseguir algo después de mucho esfuerzo, habrá merecido la pena la entrega que hayas hecho a un proyecto, a un ideal, a un trabajo. Sí, los cofrades de Valladolid dictan lecciones que solo desde esa condición es posible impartir.

Otra de las grandes lecciones que nos enseña la vida en cofradía y el buen hacer de los cofrades de Valladolid es la de la solidaridad. Por culpa de la grave crisis económica llevamos más de una década en la que se ha incrementado esa labor callada de las cofradías (que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha) para ayudar a quienes, dentro o fuera de ellas, pasan apuros económicos. No hay cofradía en la que uno entre y no encuentre en un espacio determinado bolsas con comida o material de limpieza y aseo personal preparadas para ser repartidas entre familias necesitadas; no hay libro de cuentas que no contemple el que se haya eximido a algunos cofrades del pago de la cuota cuando han pasado apuros económicos; incluso hay anotaciones de haber pagado recibos de la luz y alguna letra de la hipoteca a quienes se han acercado a su cofradía pidiendo ayuda. No hay Navidad en los últimos años en la que no se hayan hecho, en

todas, absolutamente en todas las cofradías, campañas de recogidas de alimentos y de juguetes; o de libros y material escolar al comienzo de curso. Sí, las cofradías, al igual que las familias entre sus miembros, están actuando con los más necesitados como marcan sus estatutos y reglas, ayudando y dictando una tan callada (que no sepa tu mano izquierda lo que hace la mano derecha) como necesaria lección de solidaridad de la que se aprende, vaya si se aprende. ¿Qué es, si no, la Bolsa de Judas de la Sagrada Cena, más que una acción solidaria de primer orden? ¿Qué son las bolsas de caridad de muchas cofradías si no un extraordinario modo de auxiliar en un momento determinado a quién más lo necesita? Y no solo de los propios hermanos cofrades; ahí está la labor exterior de las cofradías hacia Red Madre, la Infancia Misionera, el Centro Albor, Cáritas, Manos Unidas y el Banco de Alimentos.

Y de las cofradías de Semana Santa también emana a lo largo del año el suficiente número de componentes vinculados al conocimiento y la ciencia, que hacen de ellas un ejemplo de aportación a la cultura. Sin ir más lejos, ahí están todas las hermandades empeñadas en que sus tallas se conserven en perfecto estado. Valga como muestra un botón: el que ofrece este año el Santo Entierro, que portará a su yacente recién restaurado por la mano siempre sabia, siempre certera, siempre cuidadosa, siempre detallista, siempre sublime en el manejo del arte restaurador del profesor Andrés Álvarez Vicente. No, no hay cofradía que no vele, con un afán digno de encomio, por la protección de sus pasos procesionales.

Como no las hay que no apliquen el máximo de los ardores en proteger todos los elementos vinculados al culto. Y no se detiene ahí la acción cultural de las cofradías, puesto que, si entramos en el apartado documental, sus archivos son el lugar idóneo no ya solo para conocer la historia de cada una de ellas, sino los cambios que a lo largo de los cinco últimos siglos han experimentado esta ciudad y sus habitantes.

En época reciente, al hilo de la evolución de las manifestaciones artísticas, ahí está la aportación de la Semana Santa y de sus cofradías al séptimo arte. Nunca sabremos si Valladolid habría acabado teniendo la Semana Internacional de Cine que tiene, pero es constatable que, mirando hacia

atrás en la Seminci y buceando en sus orígenes, se llega a la Semana de Cine Religioso que naciera de la idea de unos cuantos vallisoletanos inquietos, liderados por don Antolín de Santiago, “el único político de altura que tuvo la ciudad” en los momentos cruciales de la apertura de la dictadura a la democracia, a decir de uno de los prohombres del periodismo vallisoletano, Germán Losada, jefe de Información municipal de El Norte en los años 70.

A mí, además de lecciones de libertad, igualdad, solidaridad, esfuerzo, saber ser y valor, la Semana Santa y sus cofrades me han dado lecciones para saber estar y transitar por la vida y el periodismo, por increíble que les parezca a ustedes.

En la larguísima nómina de periodistas de los que se aprende en la historia de El Norte de Castilla, en todos y cada uno de los 165 años que cumple este 2019, uno puede detenerse en algunas de las primeras plumas del periodismo español que pasaron por el decano de la prensa diaria, desde el primer pregonero de la Semana Santa vallisoletana, don Francisco de Cossío, pasando por Miguel Delibes, Francisco Umbral, Fernando Altés o José Jiménez Lozano, hasta llegar al maestro de enviados especiales a conflictos bélicos, Manuel Leguineche. Y de todos se puede y se debe aprender algo vinculado a la Semana Santa vallisoletana. Siempre ha sido para mí un lujo haber trabajado codo con codo en El Norte con Fernando de la Torre, periodista de los denominados de altura; de él aprendí que un periodista sin agenda no es nada, que un periodista sin fuentes está condenado al absurdo y que un periodista sin estar donde está la noticia es un sinsentido. “Para contar noticias hay que tener noticias”, decía, y él sabía cómo buscarlas. Tanto, que entró a recoger al preso en la Cárcel Vieja, la que hubo en la calle Madre de Dios, el último año en el que se celebró en ella la salida de un indultado. No se puede aspirar a más, cuando de periodismo y de Semana Santa se trata: lo vivió en primera persona y lo contó.

Eso también es Valladolid en Semana Santa.

No se detienen ahí las enseñanzas que se aprenden en esta ciudad en su Semana de Pasión. Otra de las más llamativas es la del saber estar, a través de dónde colocarse adecuadamente para admirar el paso de la procesión.

Didácticamente aconsejado por María Eugenia Marcos, por entonces subdirectora y jefa de Opinión, si algo tuve claro siempre cuando coordiné la información local en El Norte es que, si quería acertar en Semana Santa, debía tener a mi lado al periodista que mejor la conoce desde fuera, sin ser cofrade, pero quien más y mejor ha escrito de las cofradías, Paco Cantalapiedra. A fin de cuentas, es coautor, con el actual cronista oficial de Valladolid, don José Delfín Val, del primer y más completo libro que se ha editado sobre la Semana Santa. Así que allá fui yo a pedir colaboración a Cantalapiedra, y, cuando le conté mi plan de explicar en el periódico desde dónde se ve mejor la procesión, algo que a mí me parecía un adecuado servicio informativo a los lectores, me dijo: “¿Vas a ser capaz de poner 20.000, 30.000 o 100.000 sitios?”. Ahí me puso el Canta frente al espejo de saber que a un vallisoletano decirle dónde ver a sus Cristos o a sus Dolorosas, o dónde buscar sitio para ver pasar los pasos, es lo más parecido a vendimiar y llevar uvas de postre.

Hasta saber utilizar adecuadamente la lengua castellana y alguno de los buenos usos y costumbres de Valladolid me han enseñado las cofradías de Semana Santa. Corría el año 2005, y con mis nuevas funciones entonces de jefe del Área de Local y Región de El Norte, el Jueves Santo nos lanzamos a presentar los planos de las distintas procesiones que desfilarían. Me sentía orgulloso de la puesta en página, tanto que me habría autocalificado con un sobresaliente. Hasta que a eso de las diez y media de la mañana, y no me dejará por mentiroso, el actual secretario de la Junta de Cofradías, don José Miguel Román, por entonces presidente, él descolgó el teléfono y me preguntó: “¿Qué, quieres poner en contra de las cofradías a todos los conductores de Valladolid?”. Y es que el titular bajo el que se agrupaban las informaciones y planos que tan orgulloso me hacían sentirme era: ‘Once procesiones cierran al tráfico el centro de la ciudad’. Aquello me sirvió para darme cuenta de que Valladolid no corta calles estos días; lo que hace es poner a disposición de las cofradías las vías públicas más céntricas. Incluso, en tiempos recientes, es tanta la dedicación de la ciudad a su Semana Santa que el Ayuntamiento hasta regula el alumbrado público y los comerciantes apagan sus escaparates para que determinadas salidas y entradas de pasos

puedan tener aún más solemnidad. Ocurre en el Atrio de Santiago a la salida del Cristo de las Mercedes en la noche del Miércoles Santo; sucede en el regreso del Cristo de la Luz a su Capilla de Santa Cruz en la noche del Viernes Santo; y se vive en la Plaza de Santa Ana al regreso del yacente al Monasterio o en las calles Expósitos y Santo Domingo de Guzmán al paso de las procesiones de las Cinco Llagas y la Peregrinación del Consuelo. El efecto que se consigue sin la luz artificial es impresionante; y el recogimiento al que invita, extraordinariamente especial.

Por tantas y tantas lecciones, por tanto y tan buen magisterio impartido, expreso desde aquí el agradecimiento a los cofrades y a las cofradías, un agradecimiento en el que no estoy solo, puesto que parece que, por fin, después de años y años prometiéndolo, pero no ejecutándolo, ha sido convocado el concurso para la escultura de bronce que será colocada en los jardines de la Plaza de Portugalete como homenaje de Valladolid a sus cofrades. Ya era hora. Más vale tarde...

Agradezco sobremanera a la Junta de Cofradías que, en el año en el que el periódico en el que he desarrollado toda mi vida profesional, El Norte de Castilla, cumple 165 años, incluyera mi nombre en la terna que presentó al alcalde para el Pregón, y agradezco a la primera autoridad municipal que me designara para tan especial tarea. Exagerada la confianza de los primeros; excesiva la seguridad del segundo en este pregonero; a ambas espero estar sabiendo responder en la medida de mis limitadas posibilidades.

Señor cardenal arzobispo de Valladolid.

Señor alcalde de la muy noble, muy leal, heroica y laureada Ciudad de Valladolid.

Señor presidente de la Junta de Cofradías.

Señor deán de la Catedral.

Señoras y señores miembros de la Corporación municipal.

Autoridades civiles y militares.

Señoras y señores parlamentarios nacionales y autonómicos.

Señor alcalde de Villavicencio de los Caballeros.

Señoras presidentas y señores presidentes de las cofradías de Semana Santa y miembros de sus directivas y cabildos.

Cofrades.

Amigos.

Señoras y señores.

¡Valladolid huele ya a Semana Santa!

¡Valladolid vive ya las vísperas de su Semana de Pasión!

Hora es ya de que las cofradías ultimen detalles y así esta ciudad vuelva a ser el impresionante escenario que acoge como ninguna en el mundo el lento tránsito de los pasos procesionales, con los que sus habitantes rememoran los hechos que desde hace casi dos milenios marcan el devenir de los seres humanos y su caminar por este mundo, que es verdaderamente un valle de lágrimas.

Hora es ya de que todo Valladolid vuelva a salir a las calles, como cada primavera, para mostrar al mundo la sucesión de sonidos y lugares con la que consigue que lo que esté en la calle y pueda palpase como en ningún otro momento del año sea el alma de la ciudad, un alma que se compone de la suma armónica de las almas de todos y cada uno de sus cofrades, y de las de todos y cada uno de los hombres y mujeres que se sitúan en las aceras ante la llamada de las procesiones. Sí, lo que vamos a sacar a la calle un año más es el alma de Valladolid, una ciudad de tan acentuada personalidad que en Semana Santa, como muy bien expresó en 1952 don Miguel Delibes, en las páginas de su *El Norte de Castilla*, sorprende porque sus habitantes muestren “una rara y entusiasta unanimidad ante su Semana Mayor. Unanimidad —decía él— no creada por una colectiva conciencia artística, sino más bien por una conciencia religiosa en la que coinciden los más extremosos criterios políticos o sociales”.

Hora es ya de que el “Oíd, oíd, oíd, pueblos dormidos” que escribiera en 1944 quien fuera director de *El Norte*, Félix Antonio González, para el Pregón de

las Siete Palabras vuelva a salir del corazón de Álvaro Gimeno, pregonero del Sermón desde 1992, siguiendo la saga familiar. Álvaro lleva la cara tapada cuando cabalga pregonando el Sermón y por eso creemos que grita con la garganta. Pero no, no; el “Oíd, oíd, oíd, pueblos dormidos” le sale del corazón y con él gritamos en silencio todos los vallisoletanos ante un cortejo a caballo sin par.

Hora es ya de tener decidido dónde coger sitio en las calles para tener el privilegio de ver cada uno a su Cristo o a su Dolorosa, que son los Cristos y las Dolorosas de todo Valladolid. Un sitio en el que, no sabe uno muy bien por qué, pero sucede, la mente se queda en blanco y un temblor especial, que dura unos instantes, cruza el corazón para unirse a las esperanzas de otros hombres y mujeres que, como cada uno de nosotros, salimos en Semana Santa a las calles. Un año más, todos volveremos a coincidir en que existen dos espacios excelsos en el Valladolid más semanasantero: la calle de Santo Domingo de Guzmán y la Calle Platerías. Y ya que menciono la primera, por la que el Cristo de las Cinco Llagas es portado el Sábado de Pasión, en uno de los tránsitos más sobrecogedores que pueden contemplarse en el Valladolid de los conventos, bueno es recordar que es hora de que la ciudad haga justicia con el lugar del enterramiento de uno de sus vallisoletanos más ilustres, de cuya gubia salieran obras de arte sin igual, como la propia Señora de Valladolid, la Virgen de las Angustias. Es descorazonador entrar en el antiguo convento de Santa Catalina de Siena y ver como no existe la más mínima referencia a la sepultura de Juan de Juni. Valladolid tiene que saldar esa deuda con su insigne escultor. No osaré decir dónde deba estar enterrado, pero, desde luego, la propuesta de la Cofradía de las Angustias y su magnífica cripta, a los pies de la talla que tanta fama ha aportado al gran escultor de la escuela castellana, no debería caer en saco roto.

Hora es ya de prepararnos para unirnos a los cofrades de Jesús Atado a la Columna —talla que luce aún más hermosa este su cuatrocientos aniversario—, a los de la Preciosísima Sangre, a los de La Piedad o a los del Santísimo Cristo Despojado en las oraciones por y para los enfermos que cada Semana Santa elevan al cielo junto a miles y miles de personas en la capital del Pisuerga.

Hora es ya de prepararnos para acompañar a los cofrades del Santo Cristo de los Artilleros, que, por primera vez, y desde el Palacio Real, sacarán el Sábado de Pasión, con motivo del 75 aniversario como cofradía, al Cristo de la Misión, talla del Ecce Homo que fuera hallada hace años en un polvorín de Burgos, que tras su restauración fue depositada en la capilla de la antigua Capitanía General. Quién sabe si asistiremos este año al germen de la futura procesión de Regla de los Artilleros. Procesión de Regla que ya tiene autorizada la Cofradía de la Oración del Huerto y San Pascual Bailón y que saldrá el próximo año por primera vez en la noche del Jueves Santo.

Colaboración es también palabra del particularísimo diccionario de la Semana Santa vallisoletana, porque estos días reúnen a toda la ciudad en torno a su Semana Mayor, bien directamente, bien a través de las instituciones y colectivos que la representan. No hay nada en esta capital que, como la Semana Santa, una a todo Valladolid en la preparación, difusión, organización, ejecución, empuje y apoyo: cofradías, parroquias, Arzobispado, Ayuntamiento, Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, Ejército, Universidad,... Toda una sociedad volcada con el acontecimiento que más y mejor le proyecta en el exterior. Hora es ya, pues, de que la ciudad trabaje por tener todo el año una ruta turística de Semana Santa, donde los visitantes puedan admirar las impresionantes tallas que cada doce meses sacan a las calles los cofrades y cofradas de la capital del Pisuerga. Sí, han oído bien, cofradas, término que aparece en la Regla de la Cofradía de las Angustias, documento que este año alcanza los cuatro siglos y medio de existencia y en el que se incluye la presencia en esta Cofradía de “cofrades y cofradas”. En unos años en los que el denominado lenguaje inclusivo ocupa cada vez más espacio, aquí está Las Angustias tratando por igual desde hace 450 años, incluso en el lenguaje, a sus integrantes: cofrades y cofradas.

Hora es ya, de colocar entre las manos de la Verónica el paño que tan magistralmente ha pintado para este año Laura Juárez García por encargo de la Real Cofradía Penitencial del Santísimo Cristo Despojado, que mantiene la singularidad de que sus cofrades desfilen sin capirote y que cuenta como

Hermana Mayor Honoraria a su majestad doña Sofía de Borbón, Reina Emérita de España.

Hora es ya de volver a contener la respiración en la salida del Cristo de la Preciosísima Sangre, este año ya desde la restaurada Iglesia de la Antigua, que exhibe una limpieza tal en sus paredes y bóvedas que permitirá que adquiera aún más luminosidad la ya de por sí llamativa claridad que emana de la impresionante talla que ha acogido esta Santa Iglesia Catedral durante las obras de restauración de La Antigua.

Hora es ya de que los hermanos terciarios calcen sus sandalias y vuelvan a las calles con su Cruz Desnuda, muestra de su espíritu franciscano, del que tantas y tantas singularidades emanan en esta Semana Santa vallisoletana.

Hora es ya de que pequeños, jóvenes y mayores preparemos el cuerpo y la mente para afrontar la Semana Santa en nuestro Valladolid del alma. En múltiples contactos con las cofradías durante los últimos meses he observado una más que notable preocupación por el papel cofrade de chicos y chicas en el final de la etapa adolescente y en los primeros años de juventud en un momento en el que todo se ha ‘internetizado’. Los avances tecnológicos nos han llevado al galope hacia una sociedad digitalizada que ofrece a los jóvenes de hoy un abanico de posibilidades que no tuvimos nosotros. A una velocidad tal que “gracias a la web, el ser humano ha sido capaz de fabricar tiempo como nunca antes lo había hecho”, en palabras del actual director de El Norte de Castilla, Ángel Ortiz, quien asegura que “lo que ha hecho Internet es acelerar todo de manera salvaje. Parece —dice— como si Dios hubiese dado al mundo un empujón extra”. Y, el cofrade, como los demás jóvenes, se arriesga a caer en lo que dicho periodista denomina la ‘Dictadura del Algoritmo’: “Lo que vemos en Internet —explica— cuando buscamos en Google, cuando entramos en redes sociales, está condicionado por algoritmos que interpretan nuestras características de usuario”. Coincido con quienes piensan que es un desafío de enorme magnitud tratar de conducir a los jóvenes para que sean conscientes de que precisamente la vida ni es Internet, ni está en Internet. Y tengo para mí que lo que no va a estar nunca en Internet es el conjunto de lecciones que se aprenden en las cofradías de Semana Santa: Fe, igualdad, solidaridad, esfuerzo, constancia,

valor, libertad, saber ser, saber estar... Silencio, recogimiento, oración, reflexión. Y, por supuesto, la conformación de esa identidad vallisoletana, de la que la Semana Santa es ingrediente esencial para darle forma. Hay, pues, motivos para la esperanza, porque, como dice mi actual director, ante el aluvión de información y el acceso casi infinito que tenemos a ella, “la clave está en el genio para seleccionar la que es relevante, ordenarla y procesarla”.

Dejo ahí esa clave a las cofradías, por supuesto, y a las familias, donde el cofrade nace, se hace y se forma, y pido al Cristo de Medinaceli, que preside este Pregón, que nos eche una mano para afrontar ese futuro, siempre incierto, al que nos enfrentamos, pero al que no hemos de temer si caminamos bajo su protección. Tantos años siguiendo los avatares informativos de la política de esta comunidad autónoma me han llevado a creer que las causalidades pueden existir. Hoy se da una que creo llamativa y comparto con ustedes: Coinciden en esta Santa Iglesia Catedral un miembro de la Redacción de El Norte de Castilla, pronunciando el Pregón de Semana Santa el año en el que el decano de la prensa en España cumple 165 años y preside este acto el Cristo titular de la Hermandad que nombró a este periódico cofrade de honor. Hermandad que ya ha solicitado al Arzobispado denominarse del Santísimo Cristo de Medinaceli, Nuestra Señora de la Divina Misericordia y Discípulo Amado.

En este instante final del Pregón he de parafrasear al periodista más reflexivo que han dado estas tierras nuestras, el segoviano de nacimiento y vallisoletano de vocación y ejercicio Carlos Blanco. En su magnífica obra ‘De año y vez’ menciona la defensa que efectuaba Claudio Sánchez Albornoz sobre que vivir no es volver, a lo que él enfrenta que hay hechos “que, cuanto más vuelven, más reafirman su vitalidad y su razón de existir”.

Ahí, en volver cada año, se asienta la esencia de los días que nos disponemos a vivir en Valladolid para conmemorar la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

Ahí, en volver cada año, se ancla la acción diaria de las cofradías.

Dado en la muy noble, muy leal, heroica y laureada Ciudad de Valladolid, a 5 días del mes de abril del año de nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 2019, en el quinto año de reinado de Don Felipe VI.

Queden ustedes con Dios.

Muchas gracias.

J. I. Foces

Subdirector de El Norte de Castilla